



NOMBRE DE ESTUDIANTE:

Jaide Michelle Vázquez Hernández

DOCENTE:

Dra. Axel Guadalupe Ceballos Salas

MATERIA:

Antropología

TEMA:

Tanatología

CARRERA:

Medicina Humana

SEMESTRE:

2

Campus Berriozábal Chiapas I UDS

03/07/2025

Perspectiva Médica

Paciente femenina de 23 años con antecedentes de cardiopatía congénita cianótica compleja, diagnosticada desde el nacimiento. Debido a las condiciones socioeconómicas y a la complejidad del caso, nunca fue intervenida quirúrgicamente. A lo largo de su vida presentó signos evidentes de hipoxia crónica, entre ellos cianosis persistente, dedos en palillo de tambor (hipocratismo digital), poliglobulia y una marcada fatiga progresiva que con el tiempo la llevó a depender de una silla de ruedas. Desde los 19 años, D.H.H. había perdido fuerza y coordinación motora en las piernas. Se sospechaba una posible esclerosis múltiple o una neuropatía periférica secundaria a hipoxia crónica, pero no fue posible confirmar el diagnóstico con estudios como resonancia magnética o punción lumbar, por limitaciones en el acceso a atención especializada. Aun así, la paciente refería debilidad constante, dolor en miembros inferiores y dificultad para caminar, lo que la mantenía la mayor parte del tiempo postrada.

En los meses previos a su fallecimiento, su condición fue deteriorándose. Tenía dolores musculares y torácicos frecuentes, disnea con el habla, palpitaciones y cianosis que se acentuaba incluso en reposo. Su estado emocional también se vio afectado por el dolor crónico, la fatiga y la pérdida de independencia. En repetidas ocasiones expresó cansancio físico y emocional, refiriendo frases como: “Me duele todo el cuerpo, hasta respirar” o “Estoy cansada, no quiero despertarme mañana”. Dos semanas antes de su muerte, desarrolló una conjuntivitis bilateral severa. En un principio se trató como una infección común con colirios, pero no respondió al tratamiento. El cuadro evolucionó rápidamente con inflamación dolorosa, fotofobia intensa y visión borrosa, lo que le impidió abrir los ojos por varios días. Dado su estado de hipoxia crónica, los tejidos oculares no recibían oxígeno suficiente para sanar, lo que provocó un empeoramiento ocular grave, posiblemente con isquemia corneal. La paciente refería dolor agudo que no cedía, y esta afección se convirtió en un punto de quiebre para ella.

Sin embargo, el día anterior a su muerte, ocurrió algo inesperado: despertó sin dolor, sonriente, con ánimo de levantarse. Pidió que le ayudaran a arreglarse, desayunó con apetito y conversó durante horas con su madre. Se mostró alegre, lúcida, incluso habló de cosas del futuro. Esta mejoría repentina es conocida en medicina como la “mejoría terminal” ó “lucidez terminal”, un fenómeno que a veces precede la muerte en pacientes con enfermedades crónicas avanzadas.

A la mañana siguiente, fue encontrada inconsciente en su cama. A pesar de los intentos de reanimación por parte de sus familiares y paramédicos, no respondió. Fue declarada muerta por paro cardiorrespiratorio secundario a insuficiencia cardíaca terminal, como resultado de su enfermedad de base.

Complicaciones asociadas en vida:

- Hipoxia sistémica crónica
- Hipocratismo digital
- Fatiga severa y dolor crónico
- Poliglobulia
- Cianosis progresiva
- Neuropatía o probable esclerosis
- Conjuntivitis isquémica y refractaria
- Sufrimiento psicoemocional severo

Comentario clínico y humano:

Este caso refleja no solo una condición médica severa y poco frecuente, sino también el enorme peso emocional y físico que una enfermedad como esta impone sobre un ser humano joven. D.H.H. vivió con sufrimiento constante: dolor, disnea, alteraciones visuales, pérdida de autonomía. Su historia es un recordatorio de la importancia de un diagnóstico temprano, acceso a tratamiento oportuno y acompañamiento emocional.

En su última noche, su cuerpo le dio una tregua. Tal vez fue una despedida biológica, una forma de prepararse para soltar. Su historia no termina con la enfermedad, sino con la dignidad con la que resistió durante años.

Perspectiva como Familiar

A veces, todavía no estoy lista para hablar de esto... Aun me cuesta demasiado hablar de este tema. No se como empezar, así que lo intentaré. Lo he evitado durante años, como si ponerlo en palabras hiciera más real el dolor que llevo dentro. No hay forma fácil de hablar sobre la muerte de alguien que amamos profundamente. No existe un manual que nos prepare para perder a una persona importante, ni palabras suficientes que logren describir lo que se siente ó cómo revertir la muerte de alguien. Nadie te dice cómo se sobrevive a esa ausencia, cómo se le da sentido a la vida después de que una parte de ti muere con la persona que ya no está.

Tenía solo nueve años cuando mi tía falleció. A pesar del tiempo, los recuerdos siguen ahí, vivos, aunque a veces borrosos por el paso de los años y las lágrimas que aún sigo derramando. Yo no sabía qué tenía mi tía, solo sabía que estaba enferma. Ella estaba en una silla de ruedas, sus manitos y sus deditos eran diferentes a los míos, su espalda tenía una forma extraña, un poco más grande, pero ella estaba viva. Ella respiraba, hablaba, reía, me regañaba, me hacía reír, comía, iba a la iglesia todos los sábados. ¿Cómo iba yo a entender que su cuerpo estaba luchando si desde mis ojos, ella estaba bien? Si podía hacer todas esas cosas... ¿cómo iba a pasarle algo malo?

La última vez que la vi con vida fue un sábado. Como cada semana se iba a casa de mi abuela. Ella estaba ahí, y a mí me encantaba verla. Jugábamos, la paseaba en su silla, veíamos películas, a veces me regañaba por tomar sus juguetes escondidos, a veces me gustaba molestarla un poco, siempre me decía que estuviera quieta. Esa tarde, sus ojitos estaban rojos; mamá dijo que tenía conjuntivitis. No entendí qué tan grave era. Recuerdo que yo estaba cansada y con mucho sueño, así que por primera vez no me despedí de ella. Solo la miré. Esa fue la última vez. Me duele tanto no haberle dicho adiós... me pesa como una piedra en el alma. Daría todo por no haber tenido sueño esa noche. Daría todo por haberle dicho que la quería.

Días después tia estaba mas enferma, así que tuvieron que llevársela al hospital, pues no se sentía bien, pasaron días y ella seguía ahí, mamá fue a cuidarla, ella mencionó que mi tía tenía mucho dolor, que tenía mucho miedo, ella no se quería morir, ella se puso a orar con mamá para que Dios la mejorara. La mañana siguiente ella se levantó con toda la energía, se sentía bien, tenía mucha hambre, y ya no sentía dolor, así que pidió marcarle a su hermana ósea a mi mamá, le dijo que no se preocupara por ella, le comentó contenta de que todo iba a mejorar, que haber orado había ayudado, y que pronto iba a regresar a casa.

Esa tarde fuimos a hacer la despensa. La vida parecía haber retomado su curso. Todo estaba tranquilo. Estábamos comiendo cuando el teléfono sonó. Mamá atendió y se fue al patio... algo estaba mal. La seguí, y entonces escuché su voz quebrarse. Preguntaba una y otra vez qué había pasado con la niña. Lloraba. Y de pronto dijo esas palabras que no se me han borrado desde entonces: "¿Cómo que se murió la niña?"

La niña... era ella. Mi tía. Mi mundo se detuvo. Corrí, vi su silla vacía, y supe que nada volvería a ser igual. Entre en llanto, mi hermana mayor se tiró a mi lado en la cama y lloramos como si se nos hubiera roto el alma, porque así fue. Yo no entendía la muerte, pero sabía que algo muy malo había pasado, algo que ya no podía deshacerse, recuerdo que esa noche lloré mucho y aun lo sigo haciendo, pero tenía que estar fuerte, pues mamá había perdido a su hermana y mi abuela a su hija, tenía que ser fuerte para que ellas no lloraran y les causara más dolor.

La velaron en casa de mi abuelita. La vi en esa caja, recuerdo velas encendidas, gente orando, otros llorando, algunos hablando bajo, caminando como si el tiempo se hubiera congelado. Yo me acosté en un sillón al lado de ella. Quería que todo fuera una pesadilla. Quería despertar y verla reír otra vez, que me regañara por tomar sus juguetes, que viera una película conmigo. Pero no desperté. No era un sueño. Al día siguiente, ella seguía ahí, en esa caja. Ya no respiraba, ya no hablaba. Se había ido.

Después de eso dejé de ir a casa de mi abuela. No podía. Y aún me cuesta un poco. El silencio gritaba su ausencia. El espacio donde solía estar ahora dolía. Me enojé con todo: con el mundo, con Dios, con la vida. ¿Por qué ella? Si era buena, si nunca hizo daño a nadie, si creía tanto en Dios... ¿por qué se la llevó? Y se que que estuvo mal haber pensado así

Desde entonces, algo en mí cambió. Dejé de ser la misma. Me volví distante, cruel a veces. No quería que nadie estuviera bien si yo no lo estaba. No sabía que era el dolor hablando por mí. Fui egoísta, y me duele admitirlo, porque en mi mundo solo pensaba en lo que yo había perdido, sin entender lo que ella había sufrido en silencio. No podía caminar, no pudo estudiar una carrera, cargaba dolor físico y emocional... y yo nunca me pregunté cómo se sentía realmente.

La vida me llevó a terapia. Me diagnosticaron con distimia. He aprendido a vivir con el duelo, aunque no se supera, solo se transforma. Todavía lloro al hablar de ella, como lo estoy haciendo mientras escribo esto. A veces siento que no puedo más. Otras veces, simplemente no siento nada, como si dentro de mí alguien apagara todas las emociones y se quedara solo el vacío.

Tengo miedo. Miedo de volver a perder a alguien que amo. Miedo de no poder decir adiós otra vez. Por eso intento disfrutar más a los que tengo ó evito encariñarme con las personas, por que si se van, no me va a doler. Quisiera guardar a todos en una cajita como un tesoro que no quiero que se abra jamás.

Mi tía ya no está, ya no está sufriendo más, la llevo siempre en mi corazón, sigue aquí. Vive en mis recuerdos, en los lugares donde reíamos, en las películas que veíamos, en los regaños que aún resuenan en mi memoria. Aunque no pudo ver mis logros, aunque no me acompañó al crecer, espero algún día volver a verla. Tal vez en otra vida, en algún rincón del universo donde el dolor no exista, donde las despedidas no sean necesarias. Y cuando eso pase, le prometo que esta vez sí me despediré como merece, y le diré cuánto la amo.